



Ibáñez Langlois: "Eterno es el Día"

Vol 574

POR HENAN DEL SOLAR

4202

as septuaginta 1968 de

La poesía religiosa es la única entre nosotros que se diría anticuada. Algunos sacerdotes —poetistas— la han escrito. Pero los siglos de paso, sin detenerse la actitud ha sido diversa, pero sin cambiar. Se trata siempre de la tribulación de poemas siempre bíblicos, de la evocación de algún momento de la vida de Cristo, de la pintura de ciertos ceremoniales rituales, de la alusión del nombre alusivo, por la gracia. Las breves poemas líricos ciudadanamente, acogidos a la concepción de un título y una rima majestuosos, los temas que nos hacen de momento. Miraban a menudo cierta solemnidad retórica que se convertía en dificultad al apelo de una mayoría de lectores. El único poeta que escribió una poesía religiosa memorable, de evidente altura y profundidad, en sus poemas. Al decirlo, es imposible que no se vea de inmediato a Miguel Cruzado Santa María. Para comprobarlo, basta recorrer a cada bello y olvidados poemas sus con el título de "Los años", publicado hace cuarenta años Nueveveinte, en un volumen que se complementa con "La ciudad invisible" y "La guerra olvidada", donde se encuentran muchos de los más poderosos poemas de Cruzado.

José Miguel Ibáñez Langlois, con su reciente obra "Eterno es el día" (edita Kap-Zag) ayuda a renovar este género de nuestros olvidados poetas, que no cesaron impudencia, entre en el mismo para encontrar los poemas que pudieran conducirlos a la poesía de su día. Herido de muerte, pero postrado más de una vez en la cama, por obra y gracia de otros redactores valientes que entre nosotros circulaban apenas, y tristes de la poesía, en un libro publicado en España y que —por lo que sabemos— circulaba poco aquí Ibáñez Langlois va a ser ahora para muchos la revolución de un poeta. No lo negamos y repetidamente, en palabras suyas, se halla ante un hombre que demuestra, de manera notable, insuperable, cómo la poesía se renueva, cambia, se va creando, para forjar un mundo de gran riqueza espiritual. Ya antes sabemos que Ibáñez Langlois —poeta y teórico de la poesía— es Ignacio Valiente, uno de los poetas. Después el libro porque abre hacia el conocimiento de una actividad sostenida que impone —como es aquí el caso— fuerza, seriedad, seriedad, búsqueda y conciencia de una personalidad en constante cambio hacia formas nuevas de su naturaleza.

"Eterno es el día" es un poema construido por cinco partes: "Muevas de Cristo", "Muevas de Cristo", "Muevas de Cristo", "Muevas de Cristo" y "Muevas de Cristo". En suma, los días, momentos que lleva el Cristo y parte de él hacia el hombre que —ahí— se le enfrenta contra el mundo la dicha de la limpieza de su alma. El poeta se nos pone ante una descripción, poéticamente elaborada, de una casa más captila para el creyente, en la que toda la vida se vive y comienza para su mundo un sentido humano. No describe, en su forma sobre el etnológico proceso de la vida. A través de esas horas de prueba y trabajo de hijo de Dios hecho hombre —hecho suyo por medio de fuerza y sufrimiento— el poeta se acerca al día eterno del cristiano, a su trascendente existencia, en que luz y sombra están mudadas por la revelación. No estamos para —como es de esperar— tratando de un poeta que vive la fealdad y busca la aventura peligrosa del espíritu —ante una obra de nacimiento de la Semana Santa, de pasión que va por la historia pasada detrás de una nueva existencia, cuya presencia infunde humana virtud. Estamos ante el sentir apático de cristiano, doloroso de soledad, de incertidumbre, de la angustia. Ibáñez Langlois nos muestra, en verdadera herencia, a la persona de Dios, a su forma, a su esencia, y nos lleva en un mundo poético donde la presencia de Dios está en la vida, en la existencia, y en la vida, en la existencia.

Te he buscado en el día perlado;
de noche, retirado a mis entrañas
te he buscado. En la luz del gran este
se vio de ti un templo sobre las vicinas
como quien ha pasado...

Las palabras sencillas, de clara construcción, se cargan de fuerza de significación nuevas. Atendimiento, diligencia, apertura a la sensibilidad, varían en simbólica forma de cosas ocultas, de viento tempestoso, tras de cual el hombre se halla abandonado en el vacío de la angustia.

Te nunca he visto a Dios, pero sus ojos
son la tierra nocturna que levanta
mis imágenes ciegas.
En sus ojos mi infancia dura herida,
en sus ojos hoy cuando las máscaras
mis pueras, y la muerte.

El poeta afronta el grave problema que despierta al hombre que ama a Dios y lo mantiene en su alma con él, siempre consciente de su fe, sabe que Dios existe, pero no lo cree, y desde luego se encuentra en desesperación, pero, afortunadamente, sin comenzar verdaderamente desesperarse, descubrir, en una última estrofa que culmina —habría mucho, si nos dejáramos llevar por un deseo humano— advertimos que una fe de abandono y potencia es estrecha relación con Dios, rica en fe y para él:

Te soy tu sacerdote, el mundo de viento
que empuja con la mano repleta de huracanes
o sopla entre nieblas con el pecho silbando
de tormentas y arroyos y pájaros ciegos.
Y entre las ciudades del tiempo con mis alas
y barcos con mi mente los siglos pulverizantes
y en mis ojos encendidos y apagas las volutas
eternas del relámpago en que vivo.

Ibáñez Langlois: "Eterno es el día" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ibáñez Langlois: "Eterno es el día" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile